

La postmodernidad, un mito apocalíptico y la utopía de un nuevo occidente

Eduardo S. Rocha

*¿No es un espejismo egocéntrico ver en la época presente el momento privilegiado, el más importante de todos, es decir, el momento del fin?
Cuántas veces Europa creyó ver su fin, su apocalipsis.
Christian Salmon en Milan Kundera, El arte de novela*

La mayor astucia de un mito es hacernos creer que no es un mito

Desde el momento en que se empezó a hablar de la «postmodernidad» se han discutido diversas polémicas en torno a una estética que se diferencia de la moderna, la sospecha del colonialismo occidental en la política del Estado-nación, el fin de la historia y el humanismo. Cada uno de los temas, sin dudas dan para extenderse en una investigación exclusiva. Sin embargo, todas parten de un punto de vista, de cierta interpretación de la realidad que a través de sus cristales distingue un parteaguas que diferencia entre un mundo moderno y uno postmoderno.

El conflicto de ello es la sospecha frecuente de que tal distinción existe más en el discurso y las academias que en el mundo de los hechos. ¿El cambio entre el mundo moderno y postmoderno es un cambio genuino de la mentalidad luego del fin de las utopías y los grandes discursos? ¿O acaso es la nueva forma que tomaron esos grandes discursos y utopías luego de su fracaso? Con estas preguntas podemos sospechar que los discursos sobre la postmodernidad esconden detrás una intensión y que vale la pena hacer una lectura crítica de los mismos.

El término de «postmoderno» ha salido de las academias y se ha asimilado en la cultura popular, convirtiéndose en una etiqueta con la que se suelen calificar tanto a productos culturales, generaciones, estilo de vida, movimientos y personas, aunque no se tenga mucha idea de qué es lo postmoderno o qué se quiere decir con ello.

Si bien a la postmodernidad se le atribuyen una serie de conflictos multicausales, el término resulta útil, pues sirve para designar a una serie de ideas y de autores que han reflexionado sobre el fenómeno y, por comodidad, podemos englobarlos con este término común, ya que se considera que no carecen de actualidad y que, pese a ser un término que data de los años 50 del siglo XX y hay quienes le dan un origen aún más antiguo, las observaciones

sobre este fenómeno aún son útiles para comprender la realidad y para especular los derroteros a los que nos puede llevar la postmodernidad, si bien es cierto que el concepto también admite críticas, observaciones y actualizaciones.

Al hablar de la posmodernidad, con frecuencia se alude a la noción de un «después de lo moderno, donde lo moderno se disuelve», y a la expresión de «pérdida de un centro», imágenes que nos dejan abstraer un juicio y que nos dotan de una fuerza persuasiva para comprender la realidad desde una visión del mundo donde el caos es el estado natural y donde el «progreso» es una revolución que no solo devora a sus hijos, sino que se devora a sí misma. Aun siendo conscientes de que estas imágenes son parte de una narrativa, estas no suelen presentarnos sus costuras para evaluar ¿qué tanto se está frente a una verdadera transformación del mundo? ¿Qué tanto hemos cambiado el modo en el que percibimos las cosas? O, siendo más preciso, ¿qué tanto se han invertido y subvertido los valores de nuestra civilización por influjo de una episteme que nos mueve a todos a ver a direcciones similares?

Sin embargo, vale la pena recordar que nuestra interpretación del mundo está imbuida con toda clase de elementos irracionales y arbitrarios, no es extraño que creamos que sabemos y que frecuentemente obviemos las incertidumbres que nos ofrece el mundo con una serie de pseudo-respuestas que ofrecen de forma sucinta una noción de orden y causalidad en el mundo. Creemos que sabemos por qué llueve, cuando tal vez lo único que nos viene a la mente es el ciclo del agua, pero fuera de esa noción superficial, es complicado explicar los motivos por los que hay temporadas de sequía y otras de abundantes lluvias y el papel de los huracanes en el fenómeno meteorológico. Una persona promedio sabe cómo funciona un foco y la luz que produce, pero desconoce la ingeniería detrás para poder replicar el foco o la energía que lo nutre.

Por otro lado, lo que con seguridad conocemos es una historia o propaganda alrededor del fenómeno: las campañas contra el calentamiento global y el cambio climático impulsadas por algún político,

o la historia del genio Thomas Alva Edison creador de la bombilla (o el empresario ladrón de patentes, según a quién le preguntes). Como podemos notar, en cosas tan comunes es que podemos encontrar una interpretación interesada de los fenómenos que buscan implantar un héroe, un villano o la de acceder a una salvación; si atendemos a estas intenciones ocultas o manifiestas en menor o mayor medida, en teoría podríamos acceder a los hechos.

Es por ello que vale la pena sospechar y replantearse qué es la postmodernidad, suponer que es antes que nada una interpretación de la realidad que no carece de intereses más allá del entendimiento de una realidad, fines propagandísticos que pudieran estar ocultos, y con las cuales se busca ofrecer una pseudorespuesta del mundo. Con esto no es que se considere que la postmodernidad haya dejado de ser un término relevante o que deba caer en desuso, pero sí que es un término que amerita una desmitificación.

Por ello es que se establece la existencia de un mito de la postmodernidad, con el cual desde las academias se ha podido llegar a caer en ciertas imposturas o prejuicios tanto a favor como en contra de alguna manifestación o fenómeno en torno al contexto postmoderno. Con lo anterior podemos preguntarnos entonces: ¿en qué consiste este mito postmoderno y cómo afecta nuestra relación con el mundo?

La respuesta la encontraremos a partir del mismo discurso postmoderno pero visto a través de un análisis de sus imágenes y sus tropos, pues es a través de las metáforas con las que se explican los fenómenos donde podemos hallar una nueva forma del mito, uno que carece de dioses pero que posee la misma estructura discursiva.

Si nos remitimos a Gilbert Durand y sus estudios, podemos entender al mito como una representación del mundo a partir de símbolos que se oponen al «logos», sería entonces una realidad surgida del pensamiento mágico, desde la imaginación y la irracionalidad. Para Durand es gracias a este carácter simbólico que los mitos son parte de un lenguaje que se puede analizar desde la retórica, estableciendo sus relaciones discursivas como ale-

gorías, emblemas o metáforas, todas estas manifestaciones donde entra el mito, la poética y lo onírico, los engloba como partes de una «imaginación simbólica». Según Durand, el dominio predilecto de esta clase de símbolos sería:

[...] «cosas ausentes o imposibles de percibir», por definición, serán de manera privilegiada los temas propios de la metafísica, el arte, la religión, la magia: causa primera, fin último, «finalidad sin fin» alma, espíritu, dioses, etcétera.¹

Por ello, si hablamos de un mito de la postmodernidad, es necesario develar el hecho de que existe en ella una metafísica en los intersticios de sus recursos retóricos, donde se refugia un pensamiento mágico. El cual inevitablemente se encuentra ahí, en las metáforas y símiles que se usan, desde la supuesta relativización de los valores que nos ha llevado a una «una nueva Babel», pues no parece ya que hablemos más en los mismos términos. Por otro lado, también recordamos la distopía de 1984, y la neolengua de la dictadura, que nos viene a recordar el hecho de que quien controla el lenguaje controla el cómo se representa la realidad y, de forma virtual, tiene el control de la realidad.

Sumando lo anterior entendemos que la postmodernidad sería el descontrol y anarquía entre distintas representaciones de la realidad, sin que aparentemente ninguna prime sobre otra en un mundo donde aparentemente existen menos fronteras. ¿Si nadie detenta la palabra, no sería ese el sueño de la emancipación del pensamiento? Sin embargo hoy más que nunca se denuncia lo contrario, la hipervigilancia y el extremismo ideológico, en lo que parece una búsqueda implacable de tener el control de lo que se puede o no se puede decir en los medios de comunicación, so pena de quedar silenciado o «corregido», sin concesiones de que se trate de una ficción, un equívoco, un juego de palabras o una broma.

La interconexión entre culturas y estilos de vida tan disímiles nos ha dado de bruces en un sinfín de conflictos raciales, políticos e ideológicos, curiosamente en los países que se precian de ser

los más cosmopolitas y multiculturales. Frente al juicio intercultural de que los valores de distintas culturas tienen una equivalencia y que por lo tanto hay una posibilidad de diálogo y convivencia, nos hemos dado cuenta de forma evidente y cruenta de que no es así, en casos como la persecución del escritor Salman Rushdie a finales de los años ochenta por la publicación de su libro *Los versos Satánicos* o el atentado contra el semanario satírico *Charlie Hebdo* en 2015 en el cual murieron doce personas (con la diferencia del activismo en redes a favor de la revista). Lo cierto es que entre los tertulianos de la opinión pública se instaló el debate de los límites del humor y la libertad de expresión, todo en favor de la seguridad de no ofender a nadie. Lo cual se ha instaurado ya no como una polémica a debatir, sino como una contingencia a evadir, la conducta de agredir frente a una ofensa ya no es, pues, una respuesta antisocial y reprochable, sino un derecho natural a usar la fuerza frente al sentimiento profundo de una ofensa, frente a la que no hay control y que, en el afán de buscar alguna regulación, termina siendo legitimada en sanciones administrativas o legales, o que al ser solapadas por omisión son la raíz de injusticias y de caos social.

Poco a poco este pensamiento se ha asimilado como una norma de convivencia, tal como lo podemos comprobar en las normas de uso de las redes sociales y sus algoritmos, los cuales se han prestado a la censura irreflexiva de «palabras problemáticas», llegado al absurdo de censurar expresiones como «tortilla» o «negro», independientemente del contexto de su uso.

Aunado a las normas de las redes sociales, observamos una diseminación de noticias en las que autoridades o celebridades pierden sus cargos o encuentran fuertes sanciones sociales al haberse expresado de forma ofensiva frente a un grupo minoritario. De esta manera se deduce un control del lenguaje y una didáctica del eufemismo, un populismo y una moralina que disemina la ausencia de una caridad interpretativa de los hechos, que recompensa con aprobación popular la persecución y la denuncia de elementos sospechosos y que, sobre todo, premia la capacidad de ofenderse.

¹ Gilbert Durand, *La imaginación simbólica*, p. 14.

Respecto a este ambiente, Milan Kundera rememora un pasaje de la novela *Tristram Shandy* al recuperar el término «agelasto» (el que no puede reír, según su etimología griega). Y sobre esto entrevé la raíz que lleva a unos individuos a censurar y a otros a autocensurarse.

Hay personas a quienes admiro por su inteligencia, a las que estimo por su honestidad, pero con quienes no me siento a gusto: censuro mis comentarios para no ser malinterpretado, para no parecer cínico, para no herirlas con una palabra demasiado atrevida. Ellas no viven en paz con lo cómico. No se los reprocho: su agelastia está profundamente anclada en ellas y no lo pueden remediar.²

Esta incapacidad de hacer humor, de prestarse al juego de representar las cosas del modo opuesto al que pretenden ser, es constante en las sociedades totalitarias. El dogmatismo abre un miedo a la palabra y su potencial lúdico. El equívoco, el doble sentido o la ambigüedad diseminan las perspectivas del mundo; eso, para una visión que aspira a ser total y uniforme, es inadmisibile. La idea del poder representativo del mundo se maximiza hasta ser una propiedad creadora del mundo, yendo de lleno en la lógica del pensamiento mágico.

Si rememoramos ejemplos, no son pocas las religiones y mitos adonde la palabra crea, devela o abre a los seres humanos a un mundo que no existía hasta el momento en que se enunció, como si emergiera de la nada. Pues en efecto, tener una palabra para algo implanta un origen y una finalidad de las cosas que nos rodean. Cuando nombramos las cosas se está participando en un orden.

Para las culturas judeocristianas, la palabra preexiste a las cosas, son nuestro *Génesis* y la fundación del mundo viene del lenguaje. Esta influencia religiosa, en la que la palabra tiene un papel preminente, nos permea y en gran medida dirige una percepción del mundo; no por nada, Heidegger entiende el lenguaje como «la casa del ser». La palabra moldea nuestra relación con el mundo, nos dota, de antemano, de una noción espacial y

temporal. Discernimos, pues, entre un afuera y un adentro, en las nociones del yo y lo que no es parte del yo (lo que está afuera) y, así mismo, hay un antes y un después con cada palabra y su finalidad dada de antemano en su definición.

El lenguaje en sí mismo ofrece un punto de vista y en la conformación del discurso encontramos ya una construcción de la realidad condicionada por una cultura, sus juicios y prejuicios impregnados en las connotaciones y denotaciones que puede envolver a cada palabra.

La humanidad está habituada a crear mitos, alegorías y metáforas que ajustan lo desconocido a la aprehensión de lo que sí conoce, así lo podemos comprobar en la frase de «como es arriba es abajo», un saber popular que, de cierta manera, resume la idea de Proclo en el *Timeo* de Platón, lo cual propone una metáfora sugerente que el ser humano es un pequeño mundo que se espejea con el mundo exterior.

Lo anterior tiene dos lecturas: entenderse a sí mismo y, por ende, al otro, de cierta manera, es llegar al entendimiento del mundo. O por otro lado, la idea de que el conocimiento del mundo lo tenemos vedado y que probablemente solo se nos dé entenderla desde la parcela de una subjetividad que construimos.

Como sea, se puede llegar a entender la idea de que «el hombre es la medida del mundo». Eso deja entrever como posibilidad que somos un punto de vista sesgado, que en los límites de su visión, lenguaje, memoria y conciencia fabula un cuento sobre el mundo y la vida, con nociones que tienen más en común con un cuento de hadas que con una mera observación de los fenómenos.

Nuestra racionalidad es limitada y a menudo sabemos que una variedad de infortunios pueden llegar a suceder, al concebir tantas posibilidades, sin poder sondear las causas, se puede llegar a atribuir todo a causas irracionales. Es el caso de la superstición o de las manías. El supersticioso y el neurótico se anticipan a atribuir como causa a una serie de indicios independientemente de su carácter equivoco o ambivalente. Es así que el celoso encuentra indicios de infidelidad en los gestos de

² Milan Kundera, *El telón*, p. 132.

cortesía de su pareja, de la misma manera en que cualquier ruido extraño se atribuye a un fantasma, o que cualquier señal de que existen elites corruptas son señal inequívoca de que existe una logia que domina el mundo.

Puestos de esta manera, es fácil encontrar las fallas del pensamiento que llevan a establecer estas relaciones fallidas de causa y de consecuencia, sobre todo por los ejemplos seleccionados, que desde el contenido mismo ya hacen sospechar y son lugares comunes al hablarse del pensamiento falaz.

Sin embargo, no siempre nos encontramos con estos errores o deficiencias con tanta obviedad. Las construcciones discursivas nos son dadas en toda clase de forma y complejidad. Un discurso falaz puede estar escrito como una teoría científica, de la misma manera que uno puede llegar a comprender un fenómeno histórico mejor desde las ficciones, y hasta en representaciones pictóricas, pues la finalidad de toda expresión es comunicar, ya sea que hablemos de engaños o de una verdad. Sin dudas las afinidades epistemológicas entre discursos ficticios, religiosos y científicos presuponen la aceptación de una serie de prejuicios, los cuales vuelven tentador el pasar toda una serie de recursos discursivos como razones bien formuladas.

Nunca ha sido extraño, pues, el que se pasen por sistemáticos y «racionales» aquellos discursos que pretenden explicar al mundo desde nociones poéticas o analógicas, los cuales, más que explicar la realidad la interpretan. En sentido factual, estas pseudo-explicaciones del mundo son un mito, porque, tanto por su función, estructura y alcance, se parecen a cualquiera de esas narrativas. Y sin dudas en esta época de ateísmo predominante, científicismos y aparentes mitos muertos, estaríamos frente a la sofisticación del mito, a partir de la creación de narrativas que atienden más a nuestra irracionalidad y a las necesidades de las que no somos conscientes, las cuales nos llevan a suspender la incredulidad y a no hacer lecturas entre líneas de los discursos que circundan como imposiciones de una verdad.

Por ello, es pertinente decir que «la mayor astucia del Diablo fue hacernos creer que no existe»;

y en el presente, la mayor astucia del dogmatismo es la de pensar que, en occidente, ya no hay espacio para más mitos. Es así que es necesario encontrar las costuras que conforman nuestros relatos actuales. El relato de la postmodernidad es tal vez un retrato de las neurosis que nos rigen y afectan tanto en un aspecto personal como en un aspecto político, y del que vale la pena poner atención, pues, quien sea que controle nuestros discursos y creencias, tiene control sobre nuestra vida pública e incluso de nuestro fuero interno.

El mito del ombligo del mundo

En apariencia, resultaría contradictorio concebir que en la postmodernidad existe un mito, pues, por definición, esta es una época en la que se carece de un discurso único; una objeción razonable sería la de que, en todo caso, la postmodernidad no es un mito sino la proliferación de una variedad de narrativas: «el fin de los grandes relatos», entre los que podemos englobar a Dios, el progreso o la historia, por mencionar algunos, los cuales habrían dejado lugar a los «pequeños relatos» que establecen cultos a religiones o espiritualidades exóticas, que reivindican proyectos de pequeños Estados en formas de tribus urbanas o de colectivos aislados, y es también, el fin de la historia tal y como la conocemos, y que viene de la mano de literaturas que se dedican a desenterrar eventos o personajes olvidados. La postmodernidad, entendida como fenómeno, nos apunta al hecho indubitable de que en el mundo yo no existe un relato único, y el mito que podemos deducir de ahí es, tal vez, la ilusión de que alguna vez existió un relato central.

Por más precauciones metodológicas y por más que exista una consciencia del carácter etnocéntrica que puede imbuir en nuestra percepción del mundo, las metáforas que se utilizan para explicar la postmodernidad delatan un pensamiento que mira al mundo desde occidente y sus valores. Decir que la realidad se encuentra fragmentada o sin centro implica la creencia de una totalidad del mundo, de que en algún momento la medida del mundo estaba dada por occidente, que alguna vez

fue el centro donde orbitaba el mundo, dando una unidad que se perdió en una descolonización a la vez. El mito de la postmodernidad está en la perspectiva, y el choque cultural, de entender que occidente no era más que una de las muchas maneras de interpretar el mundo y la postmodernidad resultaría el discurso con el que se plantea como mito una edad dorada, y la nostalgia transparente por un sentido de orden, por un proyecto utópico o una salvación metafísica. En cada crítica a la postmodernidad, se lee entre líneas una salida al pasado, el anhelo de recuperar no tanto las valoraciones de esa época sino las estructuras que cimentaban ese orden único e ilusorio. La crisis que marca a la postmodernidad sería, pues, no el resultado de vivir en un mundo en el que se carece de certezas o valores, en realidad estas existen casi a la medida de los delirios, filias y fobias de cada país, Estado, tribu e individuo, y emergen como polémicas irresolubles contra el «otro».

Esta heterogeneidad de ideas se identifica en una dialéctica ruidosa y exhibicionista, que, por un lado, parece banal y al servicio del espectáculo y el consumo y, por otro, dirige nuestras vidas en la implantación de políticas y didácticas que se buscan implantar a las nuevas generaciones.

Se han disuelto los valores y las líneas que delimitaban distintos ámbitos de nuestra vida parecen difusos o ampliados; es así que se traspasan e intercambias partes la vida pública y privada, del ocio y el trabajo, de la política y el espectáculo, de la academia y el espectáculo, y sin dudas de la política y la academia. Estos ámbitos simbolizados en espacios materiales nunca han carecido de vínculos, pero ahora más que nunca es perceptible que todo se ha condensado y contraído, en un desfase contradictorio; el mundo se percibe demasiado pequeño para todos los ámbitos en los que nos desarrollamos, siendo que el planeta no ha reducido su masa ni un centímetro y que las grandes ciudades siguen tan distantes unas de otras; sin embargo, el refinamiento de los medios de comunicación y transporte han contribuido a desplazarnos al instante, casi de una manera en la que el mundo se nos muestra más transparente y accesible del que sería

yendo en persona. En realidad, el mundo no se ha contraído, sino que hemos reducido nuestra perspectiva del mundo a mera información, clasificada de acuerdo a los deseos, calculados por algoritmos que nos llevan automáticamente a un bien o servicio antes de formular siquiera una pregunta.

El resultado de esta realidad en la que las computadoras parecen conocer a los individuos más de lo que ellos mismos lo hacen es el de que el mayor misterio apunta al «otro», y a la incapacidad de preverlo y negociar con él; por lo que a menudo estará presente la tentativa de controlarlo a la fuerza o de anularlo. Sobre esta dialéctica del «Yo» y el «Otro» ya ha hablado la imagología.³

El dialogo entre ideologías, entendidas como sistemas que condicionan las visiones del mundo, se expresa en la «metáfora del extranjero», en la que el encuentro de dos culturas se reduce a tres posibilidades: el rechazo (xenofobia), una fascinación (exotismo) o una «comprensión» por parte del Yo que «mira».

El mito y la ideología son representaciones que conciernen al mundo de lo imaginario, la relación entre ambas reside en la creación de una serie de imágenes y símbolos de los que se deduce una narrativa y una serie de valores que no solo nos deja ver el prisma desde el que se ve el mundo a través de las dinámicas en la relación especular que se establece con el Otro, pues «la imagen del Otro también transmite una cierta imagen de mí mismo».⁴

La postmodernidad es una época dominada por las tribus y los gremios, lo cual deviene en la instauración del otro como «fetiche» o como «anatema». La heterogeneidad cultural ha devenido en la exaltación de culturas marginales, y además de un discurso de reivindicación está al lado de una explotación mercantil, ya sea en la venta de artesanías como suvenires o de experiencias turísticas envueltas en un halo de misticismo o de enriquecimiento por contacto con una cultura con valores

³ Para esta teoría de la literatura comparada, el imaginario es un universo simbólico unido a toda organización social y cultural que se expresa y propaga a través de un conjunto de «imágenes» desde el que se puede percibir cómo una sociedad se concibe a sí misma o se sueña.

⁴ Daniel-Henri Pageaux, *Compendio de literatura comparada*, p. 105.

más «genuinos», al mismo tiempo que las aficiones, dietas o estilos de vida menos convencionales adquieren una dimensión moral y política. El activismo se convierte en un tipo de consumo, y expresar una preferencia se torna ya en un acto de proselitismo.

Esto deviene en una serie de afiliaciones motivadas por mera emocionalidad, pertenencias tribales en las que los cuestionamientos son ofensas inadmisibles al interior de cada cámara de eco. La discordia entre gremios responde a un vacío de poder. Entre estos «pequeños relatos» que se miran el obliquo, quizás conscientes de que cualquier punto que se trace en una esfera puede ser el centro del mundo, la cuestión es quién tiene el dedo apuntando y cuál es ahora el centro.

En busca de un «orden perdido»

Dentro la postmodernidad encontramos el mito de una reconquista. Al mismo tiempo que se apela a la grandeza de una supuesta edad dorada, detrás de cada análisis de la postmodernidad se puede entrever la tentativa de imponer un nuevo «gran relato» en detrimento de las estructuras y narrativas antiguas. Esta actitud de avasallar y expandir una narrativa o sistema de pensamiento delata que en lo postmoderno hay una búsqueda de reformar el mundo y la civilización, así como en algún momento «el mundo occidental» se habría expandido de Europa hasta Oceanía y América, hasta sus colonias marginales en Asia y África.

Sin embargo, hay una petición de principios al creer que «el mundo occidental» fue alguna vez un relato único y uniforme, y para muestra el proyecto de reivindicación hispanista que mira con recelo al imperio inglés entre denuncias de una «leyenda negra de la conquista», a la vez que busca blanquear el colonialismo en Mesoamérica con el eufemismo de que fue un proceso civilizador y de mestizaje.

La cultura jamás ha sido uniforme y de la misma manera en que las ramas de un árbol se bifurcan, los cimientos de un discurso suelen diversificarse hacia una diversidad de posibilidades, esto a pesar del rigor de las instituciones que se encargan de dar

uniformidad al discurso. Ha pasado con la religión cristiana que a su vez se subdividió en las variantes del protestantismo, la iglesia anglicana, católica. Y con la misma lengua española en sus distintas variantes territoriales. Las palabras no provienen del diccionario sino del uso que le dan los hablantes delimitados en un tiempo y lugar; del mismo modo, los mitos dominantes son los que cuentan los hablantes de un tiempo y espacio determinado.

La paradoja dentro esta disputa de narrativas es que, en la búsqueda de imponer un discurso único, finalmente se apela a una legitimidad a través del fraude histórico, con el elogio a la impotencia, puesto que la victimización es la herramienta propagandística con las que estas narrativas reclaman una reivindicación total de unos valores «revolucionarios» que, en todo caso, vendrían a ser los fundamentos de un relato minoritario, reformulado en una historia de David contra Goliat.

Estas narrativas son cofundadoras de una creciente disolución entre la ortodoxia y la heterodoxia, pues, dependiendo la perspectiva de un sistema de pensamiento, cualquier doctrina que se salga de sus marcos conceptuales resultan heterodoxa y se levantan sospechas al interior de sus propagadores, quienes advierten de los efectos nocivos que nos deparan en el futuro si no existe un cambio de mentalidad a través de la ficción. La «postmodernidad» es una época de apocalipsis, conjurados en las distopías del cine, la literatura e incluso en las filosofías que no dejan de advertir de la muerte del hombre y de la fragilidad del mundo material que parece susceptible a ser suplantado por un doble virtual, como diría Baudrillard.

A través de este conjunto de relatos, teorías e ideologías tan diversas podemos hallar el esqueleto de un mito común, el «Apocalipsis» y la subsecuente instauración de una Nueva Jerusalén. Detrás de la máscara del pesimismo, estas distopías aspiran a instaurar su utopía. De esta manera es que el postmodernismo nos sugiere el que estamos ante una crisis del mundo occidental, manifestada en una serie de cambios de esquemas derivados de los avances tecnológicos y su repercusión en los medios de comunicación que han conformado ahora

lo que llamamos «las redes sociales», lugar donde se comparte información al instante y en simultáneo, provocando cambios en nuestras perspectivas sobre nuestras concepciones éticas y morales, generando la alarma de que estos cambios pueden resultar perjudiciales.

La lectura de la postmodernidad nos hace sospechar que no faltan motivos para advertir que es posible caer en excesos y surge un cuestionamiento sobre el papel del ser humano y sus instituciones. En el futuro encontramos la conformación de estas inquietudes, devenidas en una incertidumbre generalizada, donde las personas ven como adverso y amenazante a los otros que parecen avasallar un mundo cada vez más pequeño.

La fuente de la que manan todas las inquietudes de la postmodernidad es la noción de que los humanos no somos el centro del mundo; desde ese prisma, la sociedad postmoderna se caracteriza por la polarización radical, la falta de consensos entre gremios, lo cual deviene en una crisis de la democracia, ahora cuestionada frente a la pluralidad de sectores que no se sienten representados por sus autoridades, símbolos o banderas y que pugnan por consolidarse como pequeños Estados.

Esa «segmentación» al interior de occidente no hace más que develar el hecho de que jamás existió una verdadera unidad y, al exterior, los Otros se miran amenazantes, con el surgimiento de distintas potencias militares y comerciales que no comulgan ni aspiran a asumir la visión del mundo que hay en Occidente. Frente a estas resistencias y al amplio abanico de perspectivas que convergen se percibe un vacío de certidumbres: la ansiedad de una metafísica a qué afiliarse, que satisfaga el narcisismo de ser parte de un pueblo elegido, que convenza de estar del lado del bien y apunte a la misión de perpetuar el *statu quo*.

Los mitos satisfacen esas necesidades y legitiman las civilizaciones en su cruento paso por la historia, pues un imperio con la mera fuerza bruta es capaz de disuadir y expandirse a través del terror, pero no es sino a través de un relato fundador y la comunión del mito que se consigue la seducción y el servilismo de los vencidos. Por

ello se infiere que si la postmodernidad es un mito, probablemente este haya sido creado con la intención de legitimar un nuevo proyecto occidental: la decadencia que se denuncia no es más que la promoción negativa de los valores que se busca instaurar. Frente a esta fricción de culturas que conviven surge un desconcierto: ¿acaso la postmodernidad ofrece soluciones reales a la problemática de un multiculturalismo fracasado?

La eternidad del instante

La forma de nuestro discurso proyecta nuestra percepción de la realidad, y la postmodernidad es, en principio, una noción espacial, de un centro perdido en un fractal, como ya se mencionó, y casi, por consiguiente, es también otra forma de concebir el tiempo. Pensar que existe un después de la modernidad o un después del progreso nos lleva no a un proyecto obsesionado con hallar su culminación en la irrealización de la totalidad o de la utopía —lo cual tiene una deriva mística— o, por otro lado, la decepción del nihilismo.

Tal como Octavio Paz parece preverlo, nuestra condición es la escisión de la completitud y para el poeta una alternativa a subsanar este vacío es el arte:

[...] una vez conquistada la unidad primordial entre el mundo y el hombre, ¿no salían sobrando las palabras? El fin de la enajenación sería también el del lenguaje. La utopía terminaría, como la mística, en el silencio.⁵

La nada desprovista de misterio, lejos de dar un derrotero y sentido a la existencia, irrumpe como desbalance en la relatividad de las cosas. La idea de una eternidad en el mundo postmoderno reduce nuestro tiempo, al ser en nada, dando lugar a la fragmentación, donde todo es instantáneo: un segundo o cien años dentro la inmensidad del universo no se diferencian demasiado de nunca haber ocurrido.

La perspectiva es todo: somos nuestra percepción del tiempo, ilusorio pero también aquello que medimos y narramos mientras somos sensibles al

⁵ Octavio Paz, *El arco y la lira*, p. 35.

movimiento constante. El tiempo es un cuento de nosotros en el mundo y que a menudo llamamos memoria. De esta manera es que podemos imaginar que estamos obsesionados con el olvido del género humano y del yo. Frente a esta perspectiva no extraña una deriva al hedonismo, preocupada por vivir lo más posible en una gratificación inmediata. Al cambiar la perspectiva, ilusoriamente podemos hablar de una totalidad del instante, desprovisto de un antes y un después. El aislamiento de un tiempo y lugar como una isla de felicidad en medio del mar del internet en la que dentro están los estados de Facebook, Instagram o Tiktok.

Nuestras aprensiones sobre qué es el tiempo configuran un orden con el que conseguimos representar al mundo en su dinamismo, apalabramos los instantes, dividiendo la bruma de un devenir donde las cosas son, dejan de ser y a veces vuelven a ser, e incluso anticipamos lo que pudiera llegar a ser. Tenemos consciencia de nuestra muerte, del día y de la noche, que en sus ciclos inspiran metáforas de un ciclo vital, no solo de nosotros sino de nuestras ciudades y civilizaciones.

Sabemos que cualquier eventualidad puede cambiar nuestro estilo de vida, tanto el resultado de una guerra librada en Europa del Este, como el nacimiento de una enfermedad altamente contagiosa que deviene en pandemia. Sin duda nos dejamos sorprender por las ficciones del «fin del mundo»; de cierta manera, la postmodernidad es un relato apocalíptico, uno más de los muchos que han poblado nuestra historia y que han sido excusa para elevar toda clase de falsos profetas.

Fuentes

Durand, Gilbert, *La imaginación simbólica*, Amorroutu, Buenos Aires, 1968. Kundera, Milan, *El telón*, Tusquets, México D. F., 2005. Paz, Octavio, *El arco y la lira*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1996. Pageaux, Daniel-Henri, *Compendio de literatura comparada*, Siglo XXI, México D. F., 1994.